

CHURRINCHE*

Churrinche olisqueó el aire del verano, el olor a hierbas silvestres del aire del verano, y algo más, que a él le atraía desde una mañana de noviembre, algo que no era el olor de los peces en la orilla, ni los domésticos olores del rancharío de Toia, la gran olla de pescado, los percales crujientes de las mujeres, la sucia pelambre de los otros perros y de las ovejas, los patos, las gallinas y cada una de las cosas y presencias que poblaban el sitio, que, en el curso de un año de vida inquieta y asombrada, en esa edad de rondarlos e incluirlos y fijarlos en la variada trama de los árboles, ubicaba y señalaba a la distancia con el rumor de las voces humanas, la útil palabra de las mujeres y los hombres, ese como cascabeleo de las voces de los chicos y los grititos de asombro y de triunfo y a veces también los amargos llantos; todo ese mundo agolpado en el círculo de la vida y del río, en la caleta redonda junto a los sauzales y el olor entre todos amigable y confiable del viejo Toia, el olor de sus alpargatas, de sus pantalones, de sus camisas remojadas en el agua lavandina del fuentón, y el olor de su piel y de sus manos que olían a tabaco y a pescado y a humo de espinillo seco, la voz acariciante y socarrona, las ásperas manos del viejo que solían levantarlo en vilo hasta la altura de sus ojos, la voz que lo animara una vez a saltar a la canoa embicada en la ribera y que luego lo acompañó flotando y cabeceando en el repaso de los espineles...

Pero ese olor que Churrinche olfateaba en la mañana del verano no era un olor corriente ni era de ese mundo ni el viento lo traía de los alrededores, era algo muy distinto y nuevo, y él ya lo había notado, una cosa muy liviana y de algún modo picante que se deshilachaba en vetas desde la distancia, más allá de las colinas, y Churrinche lo olisqueaba flexionando su mano derecha, la cabeza erguida, penetrando en los filamentos de ese olor extraño que no era tampoco el olor de los barcos ni de las lanchas que anclaban y partían de la caleta, sino de una cosa forastera y por demás extraña que invitaba a descubrirla en la aventura del sendero largo y ondulante, adentrado en el campo de laureles, en el faldeo de las colinas, en la hondonada de los espartillos y las cortaderas. Y dio un paso o dos, avanzando luego al trotecito.

La brisa soplabá del Este y le salía al encuentro desde atrás de las lomadas, y el sol alumbraba al sesgo la mancha de su pelo blanco, apenas levantado y rayado de calor en el fresco ligero y ondulado de la mañana. Churrinche trotaba por la senda un poco de costado, levantando el hocico al viento, subiendo y bajando por las cuestas, vuelto en el polvo a la izquierda, a la derecha. La perrita de Valerio le ladró tras el cerco de sina-sinas y él le movió la cola moteada y se detuvo un instante, dudoso ante el llamado vital e imperativo, pero el impulso que lo llevaba fue más fuerte esa mañana que el embrión de su instinto y trotando se volvió hacia lo desconocido.

La humedad de la tierra formaba en los bajos unas vetas de vapor inmóvil y el sol las alumbraba haciendo brillar el enjambre de gotitas suspendidas, los filamentos y las motas de polvo tras el paso del cachorro. Y había un olor de hierbas amanecidas en el aire, a tierra fermentada, a charcos herrumbrados, y ese olor más nítido a betunes y a tostaduras, a carbones encendidos y antiguas profundidades, a huesos, pieles y helechos arcaicos, no ya deshilachado como al comienzo de la marcha, sino en un frente más denso.

Churrinche dobló una curva, atravesó un socavón en la lomada y de pronto se detuvo en la banquina. El asfalto plano y recto y rugoso y negro cortaba las colinas y se alejaba hacia el sol. Eso era, entonces. Su extraña consistencia, su oscura rugosidad. Churrinche se acercó lentamente a la franja asfaltada, baja la cabeza, la cola mustia, posó en ella sus manos, luego sus patas y avanzó unos pasos y se detuvo. Ese era pues el olor que a pleno día del verano la brisa llevaba hasta los ranchos de Toia, en la costa, el olor ardiente de las siestas con algo de pez cristalizado y de inmóviles garras y duras escamas, de monstruosas agallas, el olor picante del bleque licuado, de un horno de negras brasas. Y el perrito de Toia olfateaba ensimismado el camino nuevo, alejándose lentamente de la entrada de su mundo, rastreando en el asfalto el cruce de las perdices, de las culebras, de los cuises y las mulitas, de los zorros y las iguanas, el paso del miedo escurridizo y furtivo de la vida salvaje sobre ese fondo de cosas abismales atrapadas por el hombre, y quemadas y licuadas en el corazón del fuego.

No oyó el ruido del motor ni el toque de la bocina. Los frenos del viejo camión chirriaron sin detenerlo.

- *¿Lo agarraste?* -dijo Pedro Costanzo.

- *Sí* -respondió Juan-, *pobre pichicho.*

Fue un golpe seco, una vuelta pesada y mordiente de la rueda, luego un revolcón, un rumor agónico, una especie de estertor en la placidez del verano. Churrinche quedó tendido sobre el camino. Después se levantó, jadeando, sobre las manos. La sangre iba pulsando de sus patas destrozadas y él se lamió con sorpresa el latido salado de esos muñones. El sol se había levantado ya y él estaba solo, lejos de Toia, lejos del caserío. Desvalido y paciente en su jadeante, candorosa espera de la muerte, sobre esa mancha roja que el sol también rojo del verano alumbraba para nadie.

** Por José Luis Vítтори*

De "Cuentos del sol y del río". Santa Fe. 1976.